

Tribuna Abierta

POR MIKEL SORAUREN (*)

La gangrena de Occidente

CUANDO tuvo lugar la caída del muro de Berlín, pareció iniciarse otra época. Se pensó en un nuevo orden mundial, presidido por la superpotencia occidental que había liderado la lucha en contra del bloque soviético. Nadie en Occidente quería ver que pudieran surgir potencias emergentes –hasta el momento discretas– que a la larga llegasen a cuestionar la nueva hegemonía de USA y sus fieles aliados europeos.

El nuevo escenario parecía de mayor accesibilidad a las pretensiones occidentales. La guerra contra Irak desencadenada por G. Bush padre, motivada en la invasión de Kuwait por parte de Sadam Hussein, parecía indicar las soluciones que implementaría Occidente en los conflictos internacionales que pudieran surgir en el futuro. La desaparición del bloque comunista no despejaba la posibilidad de conflictos. Es cierto que se preveían lejanos; al menos los que pudieran llevar a una guerra de grandes dimensiones que implicasen a grandes potencias. S. Hutchingson preveía la emergencia de China, finalmente enfrentada a USA y Occidente por la hegemonía en Asia central. Diseñó lo que él mismo llamó la guerra de Civilizaciones, como un enfrentamiento que se basaría en diferencias de cultura. La religión, en muchos casos y diferencias históricas marcaban los frentes; especialmente cuando los enemigos de Occidente podían ser los musulmanes.

El escenario internacional que se configuró convirtió al territorio que va de Asia central hasta el golfo Pérsico en el espacio de mayor conflictividad a nivel mundial. Otro ana-

lista americano, Z. Brezinski, destacó el interés de tal espacio para cualquier potencia por la localización en el mismo e inmediateces de las mayores reservas energéticas y otras materias primas, imprescindibles para las potencias que tenían aspiraciones a formar parte de los grandes mundiales.

Occidente, liderado por Norteamérica, ha intervenido en este escenario, quizás con la mirada puesta en adelantarse a sus contrincantes. La intervención en Afganistán fue justificada por G. Bush hijo por el atentado contra las Torres Gemelas neoyorkinas. Ben Laden y los talibanes afganos fueron convertidos en arquetipo del musulmán fanático, decidido a poner fuego al mundo occidental, lanzando al conjunto de los musulmanes en su contra. Se pretendía que los occidentales percibiesen lo musulmán como un elemento poco fiable, decidido a tomarse la revancha histórica de la colonización, con planteamientos colectivos lo más alejados de los valores occidentales de libertad individual y democracia, con el agravante de encontrarse asentado en el interior de nuestro mundo desde hace varias generaciones.

El segundo asalto occidental tuvo lugar sobre Irak, territorio de notable riqueza petrolera. Se procedió a la demonización de Sadam Hussein –perdonado en 1991–. Ahora se le acusó de disponer de armas de destrucción masiva que representaban un

arma a utilizar contra los occidentales en un futuro próximo, además de su vinculación con la Al Qaeda de Ben Laden. El presidente americano Bush no se detuvo ante la resistencia mundial y reticencias de sus aliados. Quedaba muy manifiesta la carencia de pretextos para la agresión. Lo mismo en Irak que en Afganistán pareció que se alcanzaban los objetivos señalados con facilidad. Era simple apariencia. Los talibanes afganos no fueron vencidos, y los americanos y sus aliados se encuentran empantanados en un territorio al que muchos entraron con facilidad y del que salieron corriendo –británicos en el siglo XIX y soviéticos en el XX–. En Irak, por otra parte, se ha creado un vacío de poder, traducido en el enfrentamiento sangriento entre las comunidades chitas y sunitas –ambas musulmanas– y propiciando la actuación de Al Qaeda, ausente del país hasta la intervención occidental.

En el horizonte parece que ha llegado la hora del Irán de los ayatolas. Es otro trozo del territorio de características similares por su riqueza petrolera. En el puzzle que previó el citado Brezinsky los ayatolas podían llegar a ser aliados de USA frente a China. Ahora se les hostiga por suponer que se encuentran decididos a elaborar la bomba nuclear. Se insiste en la ilegalidad de la pretensión, por contradecir el tratado de no proliferación de armas nucleares, a pesar de las reiteradas negativas al

respecto de las autoridades iraníes.

Dejando a un lado las diferentes varas de medir utilizadas por Occidente, resulta obligado insistir en la complejidad geoestratégica a que se ha llegado en esta parte del mundo. Es difícil predecir el desarrollo de los acontecimientos. No obstante, no se aprecia solución inmediata. Nos encontramos ante una guerra abierta –Afganistán– de la que no se ve el final, ni cómo será este. El desorden iraquí representa igualmente el fracaso estratégico de la intervención. La posible acción en contra de Irán agrandaría el problema en unas dimensiones que podrían llevar a USA a una derrota franca. Si no Al Qaeda, los talibanes han logrado llevar al conflicto a Pakistán; por todas partes queda en evidencia la estra-

tegia intervencionista, impulsada por ciertas élites norteamericanas demasiado confiadas en el poder de la superpotencia. Podría ser un síntoma de decadencia imperial, si no por la pérdida de potencia en términos absolutos, sí por el crecimiento en este terreno de potencias emergentes.

Al final, la realidad parece haber colocado las cosas en su sitio. El previsto conflicto de civilizaciones que se centraría en el enfrentamiento de modos diferentes de contemplar la realidad –musulmán y occidental– pone de relieve el aspecto geoestratégico de la cuestión. El extremismo musulmán en su vertiente de Al Qaeda parece tener relativo arraigo en determinados grupos ligados a Ben Laden. El temor a la difusión de sus planteamientos en el mundo árabe norteafricano parece poco fundado; no ya por la eficacia de la represión misma, cuanto por la desconfianza que puede existir en las más amplias capas de las sociedades musulmanas frente al extremismo fundamentalista. Lo que queda es el escenario asiático convulso. En este escenario pueden tener más importancia los intereses encontrados de diferentes colectividades –chiitas y sunitas, por ejemplo–, al igual que las diferencias estatales –Irán contra Irak, o contra Pakistán– que la presumida afinidad religiosa de principio. De ser así las cosas, la actuación occidental es distorsionante, y la única manera de resolver los problemas se encuentra en las manos de los propios territorios, todo lo más ayudados por los mismos países de la liga árabe y musulmanes en general.

(*) Nabarralde

La intervención en Afganistán fue justificada por Bush hijo por el atentado contra las Torres Gemelas

En Irak se ha creado un vacío de poder, traducido en el enfrentamiento entre chiitas y sunitas

UN tren avanza a gran velocidad y arrollará a cinco operarios que trabajan en la vía. ¿Empujaría a alguien para que el tren le atropellara y salvar así a otras cinco personas? Éste es uno de los 60 dilemas en cuya resolución se han investigado los circuitos neuronales que procesan decisiones de un grupo de voluntarios. Los experimentos, publicados por Joshua Green en la revista científica *Neuron*, siguen mediante escanear la actividad cerebral de las personas mientras deciden qué hacer en situaciones límite. La mayoría decide, con rapidez, no empujar a nadie a la vía. Las técnicas de neuroimagen detectan una activación intensa en zonas del hemisferio derecho que procesan las emociones que subyacen a la toma de decisiones que afectan a los demás.

Un nuevo experimento plantea a los voluntarios impedir que se arrolle a las cinco personas si manipulan las agujas para desviar el tren a una vía donde se encuentra sólo una persona. Esta acción causaría un posible daño indirecto y evitaría directamente un mal superior. La mayoría opta por mover las agujas. En este caso decidirse requiere dos segundos más, tanto si la respuesta es afirmativa o negativa a mover las agujas. Se observa entonces que la activación de áreas del cerebro que desempeñan funciones cognitivas es más intensa que en el dilema de empujar a alguien. Por el contrario, se reduce la actividad en las áreas que procesan las emociones.

Colaboración

POR NATALIA LÓPEZ MORATALLA, ENRIQUE SUEIRO (*)

Cerebro ético, atajo emocional ante dilemas

Aparecen en ambos experimentos los dos tipos de inteligencia mediante los que el ser humano conoce: la cognitiva y la emocional, cada una con mayor actividad en áreas de uno de los hemisferios del cerebro. El frontal izquierdo procesa de forma más analítica, sistemática, impersonal y lenta. Por ejemplo, una reflexión, aunque sea breve, nos mueve o no a una ayuda solidaria a víctimas desconocidas de catástrofes en países lejanos. El hemisferio derecho es más intuitivo, global, personal y rápido. Por ejemplo, nos sentimos urgidos ipso facto a socorrer a alguien en grave peligro. Salvo patologías, ambos sistemas están conectados y actúan armónicamente.

Estos análisis permiten entender mejor que el juicio moral que decide no causar un daño directo a una persona entraña un fuerte componente emocional. Gracias a la dopamina, hormona de la felicidad, la emoción innata de rechazo a dañar, o de agrado por socorrer, se con-

vierte en compasión en el motor de los sentimientos del cerebro. La persona conoce así aquello que es bueno o malo en sí mismo.

En el caso del tren, los voluntarios optan, en cinco segundos y con un intenso sentimiento de compasión, por no empujar a nadie. Quienes deciden sí hacerlo emplean siete, dos segundos más necesarios para saltar la barrera emocional y guiar su conducta por otras motivaciones.

Estas evidencias científicas muestran que la aversión natural del ser humano a dañar –expresada con el principio universal de *no hagas a otros lo que no querías que te hicieran a ti*– aflora desde dos sistemas cerebrales íntimamente conectados: uno emocional y otro cognitivo. La faceta racional, más lenta, ayuda cuando no basta el atajo natural inmediato de los sentimientos, sino que hay que deliberar y calcular.

Reveladoras también las investigaciones del equipo de Antonio Damasio publicadas en *Nature*. Estudian

cómo solucionan dilemas éticos personas con un daño cerebral en la región que conecta lo emotivo y lo analítico. Estos pacientes siguen un patrón utilitarista fuera de lo común y deciden con rapidez matar –empujar a la vía– a una persona para salvar a cinco. Sin embargo, en un contexto más impersonal, como accionar las agujas, su conducta es normal. Por esa lesión del cerebro, estas personas carecen de la guía innata que supone la alarma de la emoción en el juicio moral, aunque el sistema deliberativo se mantiene. Los sentimientos desagradables, la repugnancia a hacer daño que constituye una señal de precaución, les dejan imperturbables.

Si hay contradicción entre ambos componentes de la racionalidad humana, ¿cómo se impone el sistema analítico? El caso del tren resulta de nuevo ilustrativo. Cuando los dilemas de empujar a alguien o cambiar las agujas se presentan a voluntarios utilitaristas –entrenados en el cálculo riesgo/beneficio como norma de conducta– resuelven tanto empujar como cambiar las agujas en el mismo tiempo. En tales casos usan los dos segundos más necesarios en esta actividad mental para

Los animales nunca se equivocan acerca de lo que les conviene o no: su instinto sólo les permite acertar

ajustar racionalmente el coste/beneficio, y así evitan seguir el atajo emocional, intuitivo y natural hacia lo correcto.

Los animales nunca se equivocan acerca de lo que les conviene o no: su instinto sólo les permite acertar. Sin embargo, a las personas, liberadas del encierro en el automatismo biológico, se les plantean dilemas y están abiertas a equivocarse al decidir.

Los códigos de conducta aportan una escala jerárquica de los valores que se consideran relevantes para calificar algo como bueno o malo. No están biológicamente determinados, y por ello difieren en aspectos normativos de unas culturas a otras. Como regulaciones sociales, humanizan cuando lo legal y lo ético convergen para premiar lo bueno (ayudar, curar) y penalizar lo malo (matar, no prestar asistencia en un accidente). Por eso mismo, existe una esquizofrenia social cuando leyes y ética divergen.

Aun con las cautelas propias de investigaciones sobre algo tan complejo como la mente humana, las neurociencias apuntan hoy al modo en que está registrado en el cerebro el principio natural, y por ello universal, de no hacer a los demás lo que no quiero para mí. El atajo emocional innato ante dilemas con vidas humanas en juego supone una predisposición natural al buen hacer.

(*) Catedrática de Bioquímica y Biología Molecular y doctor en Comunicación Biomédica de la Universidad de Navarra